

GUÍA 1 - ¡ESCRIBAMOS CUENTOS!

TÉRMINOS ÚTILES

COVACHA

Habitación o recinto pequeño, oscuro y sucio.

ESPIGADO

Persona o árbol que es alto y delgado.

EMPEINE

Parte superior del pie que va desde los dedos hasta la unión con la pierna

ZANCADA

Paso largo

BARRIADA

Parte de un barrio: una barriada de casas bajas.

GOZQUE

Perro que es pequeño y ladra mucho.

Cómo escribir un cuento corto



1. Céntrate en la acción

El cuento no es solo una anécdota, ya que cuenta una historia, pero la narración ha de estar más condensada que en la novela y centrarse en lo que sucede, sin tiempo ni espacio para otras disertaciones.

En el cuento no hay lugar para largas descripciones o extensas divagaciones morales o psicológicas. Esto no quiere decir que el cuento tenga que ser simple y carecer de estos elementos. Pueden estar, pero en forma de subtexto, escondidas entre líneas o dichas directamente con las palabras justas. ¡Es todo cuestión de espacio!

2. No quieras abarcarlo todo

A veces pecamos de querer contar historias muy ambiciosas que no tienen cabida en un relato corto. Recuerda que el cuento, por lo general, **debe ocurrir en un espacio de tiempo breve, tener pocos personajes principales (2 o 3 como mucho) y una localización principal.** Si no logras adaptar tu historia a estas premisas, puede que estés ante una novela corta y no de un cuento corto.

3. Busca una idea y simplifícala

Toda idea puede simplificarse siempre, sólo hay que darle una vuelta. Por ejemplo, queremos contar la historia de un hombre que, tras pasarse muchos años dedicado a su trabajo, logró alcanzar el éxito profesional. Fue un tipo importante, ambicioso y que llegó a lo más alto, pero a costa de arriesgar su vida personal. Con el tiempo, cometió una serie de errores y se arruinó, dándose cuenta de lo que realmente era importante.

¿Se puede contar una historia así en apenas 750 palabras? Sí, pero solo si la simplificamos. Para ello, busquemos el instante con mayor fuerza, el momento de impacto de la historia, así sabremos dónde hay que centrarse. Yo creo que el punto álgido lo encontramos cuando se da cuenta de que se equivocó, por ello creo que deberíamos contar la historia cuando ya lo ha perdido todo.

Por ejemplo, Fulanito es un mendigo que cada mañana pide en una esquina del centro de la ciudad, en una zona de oficinas cerca de donde él trabajaba tiempo atrás. Los mismos ejecutivos entre los que él se incluía antes, son ahora los que le ignoran y pasan por su esquina sin mirarle.

Recuerda, cuando tengas tu idea, simplifícala: **busca el impacto, el instante.**

4. No lo cuentes, muéstralo

Este debe de ser el consejo en el que más se insiste en cualquier libro o artículo sobre escritura, ¿verdad? Pero es que resulta fundamental y muchas veces se nos olvida, sobre todo a la hora de escribir cuentos.

Un cuento no es un resumen de una historia, sino una historia en sí. Tomando el mismo ejemplo del punto anterior, podríamos decir que *Fulanito* es un mendigo que cada mañana pide en una esquina cerca de donde antes trabajaba. Entonces tenía mucho éxito, aunque se acababa de divorciar y no tenía mucho tiempo para sus hijos porque solo le importaba su trabajo, etcétera... ¿Qué es esto? ¿Es una historia o el resumen de una historia? En realidad es lo segundo.

Para narrar la historia tenemos que centrarnos en el instante, en la acción: Fulanito cuenta las monedas de su caja y se da cuenta de que no ha sido una buena mañana. Duda si le alcanzará para tomarse algo caliente... **Mostremos lo que ocurre, demos imágenes, enseñemos la historia a través de la acción.**

5. Mantén la estructura

Aún siendo un relato muy corto, **todo cuento ha de tener una introducción, un nudo y un desenlace.** Por ejemplo: “el mendigo contando las monedas en su esquina y los ejecutivos pasando ante él envueltos en su abrigo” sería la introducción. Es lo que nos sitúa en la historia, en el qué, quién, dónde y cuándo.

El nudo podría ser “el mendigo está preocupado porque necesita tomarse algo caliente pero no le llega el dinero. Sigue pidiendo pero los ejecutivos lo ignoran.” El desenlace sería el final que le demos. Por ejemplo: “alguien se apiada de él y le da el dinero para que se tome el café”.

6. No lo des todo, sugiere

En el cuento es tan importante lo que se dice como lo que se calla. Como decíamos antes, no hay lugar para disertaciones, así que olvídate de explicar que el mendigo se siente mal por su situación o que se arrepiente de haber perdido a su familia. Eso ha de quedar implícito en la acción. Deja que el lector lo deduzca.

Por ejemplo, en lugar de explicar que el mendigo tenía familia y la perdió junto con su trabajo, podemos hacer que entre los ejecutivos que cruzan ante él, el mendigo reconoce a su hijo e intenta decirle algo. El hijo se vuelve hacia él con cara de fastidio y, sin reconocer a su padre, le da una moneda, solucionando el problema de tomar algo caliente esa mañana. Pero, obviamente, al mendigo ya no le importa el café.

7. Cada frase cuenta

Del principio al final, cada frase del cuento tiene que estar ahí con una función. **Si tienes poco espacio, pocas palabras, aprovéchalas bien.** Esto no es necesario hacerlo en la primera escritura, pero sí en la revisión. Desmenúzalo, analiza cada frase, cada elemento, y piensa qué función cumple en la historia. ¿Es imprescindible? Si la esencia del texto se comprende sin esa frase, elimínala.

8. Mantén el suspenso

No des toda la información al inicio. Dosifícala y lleva al lector hasta la última palabra. Si contamos de partida que el mendigo era antes un ejecutivo y que acaba de encontrarse con su hijo, luego nos quedamos sin dinamita.

Siempre que puedas, **intenta que al final del texto haya un giro**, un golpe de efecto, una sorpresa. Que esté justificada, claro, pero que dé un nuevo sentido al texto.

Es mejor empezar por el mendigo con frío que ha de conseguir dinero para algo caliente. Así creamos un buen punto de partida. Luego podemos contar ya que él antes era uno de esos ejecutivos que ahora le ignoran, porque esto nos produce más curiosidad sobre el personaje. De pronto, reconoce a alguien entre la multitud y llama su atención (más intriga). Esta persona no le reconoce, pero le da dinero,

aunque al mendigo ya no le importa el dinero, porque el ejecutivo era su hijo (dejamos el golpe de efecto para el final).

9. Impacto posterior

Una de las cosas más difíciles pero también de las más importantes es **lograr que el cuento deje huella en el lector**. Una vez haya terminado, el texto ha de dejar un eco en su interior, una reflexión, un sentimiento.

Para ello, **la última frase es fundamental**. Si logramos que contenga un giro o una imagen impactante que arroje luz sobre el resto de la narración, estaremos en el buen camino.

Volviendo al caso del ejemplo, lo ideal es llegar al final sin saber quién es el ejecutivo al que el mendigo ha reconocido y que acaba de darle el dinero. En esa última frase (que además debería ser corta, sencilla y directa para causar mayor impacto) revelaremos que se trata de su hijo (un buen giro final) y dejaremos entrever que el mendigo ya no está preocupado por el dinero (ni lo mira), sino que observa cómo su hijo se aleja sin poder hacer nada para evitar que cometa los mismos errores que él cometió en el pasado.

10. Ambienta con poco

No tienes espacio para descripciones largas ni disertaciones, pero el cuento también ha de tener ambientación para envolver al lector. **Para ambientar en un texto muy corto, usa el tono, el narrador, el lenguaje y selecciona las palabras adecuadas**. No es lo mismo decir “ciénaga” que decir “pantano”; tampoco es igual “bruma” que “niebla”. **Cada palabra te ayuda a construir la atmósfera. Elígelas con cuidado**.

Por ejemplo, para la historia del mendigo, nos encontramos en una ciudad, una mañana de invierno en la que hace mucho frío, pero no es necesario decir todo esto. Podemos ver el frío en el vapor que sale de la boca del personaje o haciendo que se frote las manos envueltas en guantes antes de contar el dinero. Incluso, mejor aún, podemos verlo todo a través de los ejecutivos que entran en sus oficinas envueltos en gruesos abrigos mientras ignoran al mendigo. En esta imagen sabemos que es una ciudad, que es por la mañana, es invierno y hace frío.

11. La importancia del título

Tenemos muy poco espacio para desarrollar nuestra historia y ya hemos dejado claro que cada palabra cuenta, ¿verdad? Pues tengamos algo de picardía y aprovechémoslas bien todas. El título es un espacio extra que puede resultar muy útil. Lo ideal: **que sugiera, intrigue y arroje una nueva luz sobre el texto una vez se haya terminado su lectura**.

¿Se os ocurre algún título para el relato del mendigo que cumpla estas características?

12. Una regla extra para escritores de cuento

Por último, nos queda un consejo fundamental para cualquier escritor que quiera dedicarse a escribir cuentos, aunque no tenga que ver con la escritura en sí: **tenemos que leer cuentos**. Si queremos entender cómo funcionan y cómo se escriben, es fundamental que los conozcamos. Hay que leer a

Chéjov, a Horacio Quiroga, a Cortázar, a García Márquez, a Poe, a Borges, a Saki, a Ray Bradbury, a Bioy Casares, a Benedetti, a Monterroso... Tantos cuentos como se pueda.

Y hasta aquí las reglas fundamentales para escribir un relato corto. ¿Qué os han parecido? ¿Alguna más que añadiríais a la lista? Y, ¿qué me decís de los cuentos? ¿Soléis leer muchos? ¿Algún cuento o cuentista que os parezca imprescindible?

¡Feliz escritura!

Tomado de <http://www.literautas.com/es/blog/post-3910/como-escribir-un-cuento-corto/>

LOS ZAPATOS DE JUAN



Juan y su par de zapatos se entendían a las mil maravillas. Cuando se los regalaron le bailaban en los pies, pero ya había crecido lo suficiente como para sentirlos en forma.

Los zapatos dormían debajo de la cama, y al darse cuenta de que Juan intentaba levantarse, deslizándose con extremada cautela se situaban frente a la puerta de la covacha, seguramente con el propósito de recordarle que deba llegar temprano al trabajo.

Juan no pasaba de los diez años. Era alto, espigado y con la cara pecosa. El pelo liso y se vestía a pinceladas de remiendos.

Vivía demasiado preocupado. Sobre todo cuando descubrió que el dedo grande del pie comenzaba a tratar de asomarse por la ventanita de un roto. Los remendó como pudo, pero sin mayor resultado porque los materiales estaban definitivamente gastados.

De regreso a la barriada se descalzaba con el objeto de economizarse fatigas, y mientras permanecía en el cuarto los zapatos lo seguían por todas partes. Cuando caía la tarde sobre los tejados de la ciudad, los acomodaba debajo de la cama.

A veces los mandaba a la tienda de la esquina, a comprar café y panecillo del desayuno. Los gozques callejeros solían confundirlos con una pareja de liebres, y trataban de agarrarlos en plena calle, pero los zapatos habían aprendido a defenderse y en instantes dejaban regados en el camino a sus rabiosos enemigos.

Los domingos, después de pasarse una mano de agua por la cara para acabar de despertarse, se dedicaba a quitarles el barro hasta dejarlos relucientes. Era una delicada operación de cirugía que realizaba con una astilla de madera y la paciencia de un relojera.

En estos ajetreos, Juan descubrió otras ventajas que empezaban a insinuarse en el empeine. Comprendió que se acercaba el final.

El lunes siguiente la luz se filtró por la hendijas de la ventana. Juan abrió los ojos y de una zancada ganó la puerta de la calle. Los zapatos ya estaban esperándolo. Juan no se detuvo y, por el contrario, apuró el paso.

Entre la densa niebla de la madrugada le pareció escuchar a sus zapatos que lo llamaban con voz quejambrosa: ¡Juan, Juan!

JAIME PAREDES PARDO (Colombiano)